

LUIS JOSÉ DE TEJEDA Y GUZMAN, EL PRIMER POETA ARGENTINO

José María Castiñeira de Dios *

En 1602 —dos años antes del año en que había de nacer Tejeda— un poeta, el arcediano Del Barco Centenera, nos bautizaba con el nombre de “Argentina”, *malgré* 10.000 endecasílabos dificultosamente transitables. Y si en 1602 se nos dio nombre ¿por qué no aceptar que la presencia de otro poeta, dos años después, imprimió carácter a nuestra naciente identidad?

Tejeda no era español ni hijo de españoles; fue hijo de argentinos en aquella Córdoba del Tucumán. Más aún, fue la primera floración cultural del mestizaje: su bisabuelo, conmilitón de Cabrera en la fundación de Córdoba, casó con una india santiagueña que murió sin haber aprendido a hablar castellano. De ese matrimonio nació, en Córdoba, Leonor Mejía Mirabal, quien casó con el Capitán Tristán de Tejeda, castellano, quien guerreó al lado del bravo y bravío Hernán Mejía Mirabal. Tristán y Leonor tuvieron siete hijos en Córdoba del Tucumán. Uno de ellos, Leonor, fundó en 1613 el Monasterio de Santa Catalina, monjas que fueron las primeras religiosas de nuestro suelo y las primeras maestras de Córdoba, según Grenón. Otro fue Juan, quien casó con María de Guzmán (de este matrimonio nació Luis Joseph de Tejeda y Guzmán); Gregorio, quien profesó en la Orden de los Predicadores y brilló como orador sagrado; Gabriel, soldado y comerciante; y Magdalena y Alejandra, que profesaron en el Monasterio de Teresa, fundado por su padre, de la Orden de las Carmelitas Descalzas.

Descolguémonos del árbol genealógico en el que hemos trepado a regañadientes, solo con el ánimo de acercar el pasado, y quedémonos en esta mediterránea Córdoba del Tucumán, el 25 de agosto de 1604, fecha de nacimiento del primer poeta argentino. Córdoba había sido fundada hacía treinta y un años; tenía una población de alrededor de 250 habitantes: 106 castellanos, 72 andaluces, 30 extremeños, 14 leoneses, 7 vascos, 3 gallegos, 3 portugueses, y numerosa “gente de la tierra”. Pocas calles, pocas casas. Ciñendo el pueblo, trigo, cebada, maíz, olivos, viñas... Dice el Obispo Lizárraga, en 1635: “Córdoba es fértil en todas frutas nuestras, fundada a la ribera de un río de mejor agua que los pasados. Dánse viñas junto al pueblo; el río abajo; en la barranca dél se han hallado

* El poeta José María Castiñeira de Dios improvisó su discurso de incorporación a la Academia Argentina de Letras. Lo que sigue es parte de la transcripción de la cinta grabada.

sepulturas de gigantes". ¿Nace, además de un poeta, el *realismo mágico*? En el año del nacimiento del poeta, León Pinelo, que sube de Buenos Aires a Córdoba, otea, ve, "indios con pies al revés" (para que no se los pueda seguir), "indios con colas", "amazonas", "el árbol reloj" (que al dejar caer gotas de su ramaje lo hacía al ritmo de los segundos del tiempo) y el "árbol púdico" (que al tocarlo temblaba). Está naciendo una cosmogonía cultural propia, de poderosa proyección en el alma del país que nace. Mientras tanto —dice Emilio Coni— ya había comenzado, allá por 1568, el tráfico carretero entre Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires; en 1576 se había inaugurado el camino entre Córdoba y Mendoza. También, desde 1600, Córdoba exporta mulas a Potosí y harina a Buenos Aires y al Brasil. Y saldrían los chasquis, sin solución de continuidad, hacia los pueblos que se habían levantado como sueños sobre esta tierra argentina recién alboreada. Allí están, pujando desde sus fundaciones entre 1553 y 1593, Santiago, Tucumán, Estero, Londres, La Rioja, Jujuy, Salta, Madrid de las Juntas... Estamos en pleno período fundacional y hay como un destino común en ese hilado de pueblos que crecen frente al pavor, la desolación y la muerte.

Pero esta Córdoba del Tucumán ¿es la arcadia, el belén prometido, el paraíso a ganar? "Babilonia", la siente el poeta:

*"La ciudad de Babilonia
aquella confusa patria,
encanto de mis sentidos,
laberinto de mi alma..."*

A veces la llama: "el patrio nido mío".

El país real se animaba en una suerte de infatigable y febril aventura creadora: al nacimiento de los pueblos seguía el establecimiento de la educación, la organización política democrática en la institución de los cabildos...

¡Y nacía la cultura! Los jesuitas llegan a Córdoba en 1587 y en 1610 el provincial Diego de Torres inaugura el Colegio Máximo, dotado de fondos por Fray Trejo y Sanabria, "insigne bienhechor", hermano de leche de Hernandarias, primer gobernador criollo. Allí, en su convictorio, va a ingresar el joven poeta, débil al punto de que su padre no lo puede dedicar al oficio de las armas. De ahí va a salir docto en humanidades, latín, griego, hebreo y oratoria. El obispo Villarroel va a decir de él —y tiene diecisiete años— que es "el secular más literato de su tiempo y el oráculo de la Universidad de Córdoba". Y el obispo De Cortázar: "este joven habrá de ser con el tiempo el maestro de la literatura tucumana".

Con su título bajo el brazo de Licenciado y Maestro en Artes (filosofía) sale Tejada a campo, también al amoroso, por no desperdiciar la lección de su admirado Góngora: "a batallas de amor/campos de pluma".

Debo detenerme en este punto. Malversadores de nuestra tradición (Eugenio D'Ors nos enseñó: "lo que no es tradición es plagio"), los argentinos no hemos tenido más de quince estudiosos aplicados al estudio de la personalidad y la obra de Tejada. En 1915 Ricardo Rojas halló en la Biblioteca Nacional una copia de *El peregrino en Babilonia* y lo publicó con un prólogo en muchos sentidos admirable. También han dado luz a este tema Monseñor Pablo Cabrera, Martínez Paz, Serrano Redonnet, Pedro J. Frías, Luque Colombes, Roberto Caturelli, So-la González, Graciela Maturo, Osvaldo Horacio Dondo, Oscar Caeiro, Daniel Devoto... Y Jorge M. Furt, un humanista noble y sabio, estanciero de los pagos de Luján, provincia de Buenos Aires, quien se adentró en la vida y la obra de Tejada y publicó de su peculio, en 1947, una edición facsimilar del códice en el *Libro de Varios Tratados y Noticias*, así como un libro de alto valor literario: *Luis José de Tejada*.

Si me detengo a nombrarlos es para rendirles homenaje, y porque de sus manos vengo.

Ya tenemos al poeta en acción. A los veinte años irá a pelear contra la invasión de los piratas holandeses al Río de la Plata. Regresará con grado militar de Capitán de Infantería y figura de héroe. Se casa y es convocado a la guerra contra los calchaqués que se han rebelado en Andalgalá, Aconquija, Pipañaco y La Rioja. La guerra se va a extender entre 1630 y 1637, y entre 1657 y 1666: dieciséis años. En ese lapso Tejada va a ser Procurador, Alcalde Ordinario, Regidor en el Cabildo, Protector de Naturales, Teniente General y Capitán a Guerra. En 1661 muere su mujer, Francisca de Vera y Aragón, y en un año más tarde —dice Bustos Argañaraz— "don Luis es condenado a prisión por abuso de autoridad". Toda su familia ha entrado en vida religiosa. Tejada va a terminar su vida pública a los cincuenta y ocho años. Va a morir a los setenta y seis. Lo que va entre estas dos cuentas del tiempo serán los diecisiete años largos en que se acogerá a sagrado, primero en la Orden Seráfica, después y hasta el final, en la de los Dominicos. Allí, en la soledad de la celda, remontará su espíritu y escribirá su obra, la inicial de la literatura argentina. Nace a las letras nuestro primer poeta que, como señaló Ricardo Rojas, "era argentino, hijo de cordobeses de la Argentina, cordobés él mismo, y nieto de castellanos, cristianos viejos, y fundadores de la Córdoba natal".

Allí, en el silencio de la celda, de casulla y capilla negra, sotana blanca y el rosario colgado del cinturón negro, habrá encontrado en la memoria de los amigos que pasaron por Córdoba, sosiego y regusto para su labor creadora. Habrá recordado al Padre Ruiz de Montoya, filólogo a quien se debió un *Tesoro de la lengua guaraní*, quien anduvo por Córdoba en 1639; y a Francisco Luis de Bolaños, quien compuso un *Catecismo y oraciones en lengua guaraní*; y al Padre Barzana, de quien se dice que hablaba trece lenguas, varias de ellas indígenas. Y

a aquel Provincial Diego de Torres que, en 1608, puso a los indios en libertad, dándoles comodidades y salarios, con gran aspaviento y revuelo de los encomenderos.

Y habrá recordado la llegada a Córdoba en 1638 de doce carretas cargadas de libros, “los libros, libres amigos/ que hablan verdades claras” como va a escribir en su *Peregrino en Babilonia*. (Había llegado, junto a los libros, la cleptomanía amorosa del libro, a la que Tejeda no fue extraño: cuando muere Trejo y Sanabria se registra el primer robo de libros. El Arcediano del Cabildo fulmina excomunión contra el ladrón que no aparece. Pero cuando muere Tejeda el Catálogo estaba en los anaqueles de su biblioteca...).

También habrá recordado los días de la música. En 1637 —Tejeda tiene treinta y tres años— bajan veinte indios guaraníes por vía fluvial a Santa Fe — cuenta el Padre Ripari, según Isabel Aretz—, cruzan a Córdoba y cantan la misa acompañados de violines, arpas, cítaras, flautas, cornetas, tambores y trompetas. Y en otros momentos se habrá detenido a escuchar las vidalas que nacían de las guitarras junto a las palabras que ya había acuñado Gil Vicente: *palomitá, cantabá...*

*“En la huerta nasce la rosa;
quiérome ir allá
por mirar el ruiseñor
como cantabá.”*

Ya estaba madurando el fruto del folclore, esa “gigantesca decadencia”, al decir de Carlos Vega.

La guitarra cantaba en el canto de la cultura naciente. En 1604 en Córdoba hay un pedido de una tienda de cien cuerdas de “vigüela”; en 1608 un niño, Nicolás García, tiene una “vigüela buena”; en 1650, un sargento Cubas canta a bodas acompañándose con una guitarra. Todo ese mundo tan nuestro y de hoy, había sido vivido por Tejeda en la infancia del país, pero en la que ya están impresos los signos de nuestra singularidad de argentinos: la imaginación creadora; la tendencia a la desmesura; el amor propio; el amor al otro, al prójimo; y esa visión tremendista de “peregrinos del desaliento”, como dice Filloy, que de algún modo nos acota la necesaria aventura vital de cada día.

Allí, en esa Córdoba que el poeta memoraría en la celda conventual, estaba Tejeda haciendo la contricción propia de quien se acogía a sagrado, después de haber sido dueño de las ricas tierras de Soto, de Saldán, de Salsacati, de Pichana y de Anzacate, hombre principal en la vida militar y social del país que nacía, escritor y orador prestigioso, ducho en amoríos y aventuras galantes.

A golpe de pecho vivía:

*"Siempre me retiraba
del Indio y negro, ajeno o propio fuera
quando de mi necesitado estaba".*

Para agregar:

*"ni visitaba yo, ni socorría
ni al que desnudo por la calle veía
pregonando su vida miserable
le di la media parte de mi capa".*

Como un nuevo San Martín de Tours va a decirse:

*"si yo me desnudara
por vos, Señor, si yo a los pobres diera
lo que os negué con condición avara".*

Y recompuesta su alma dirá:

*"No aplaudir voz que así clama
no es afecto muy veloz,
porque de Dios también voz
la voz del pueblo se llama".*

No fue un gran poeta (¿quién podría decirlo?), pero sí un testimonio cabal del nacimiento de la cultura argentina, en las orillas del Suquía, en la Córdoba mediterránea,

*"el río
que fue crianza
y nacimiento mío".*

Furt, en su tan valioso libro *Luis José de Tejeda*, dice que lo ha escrito para "convocar a la resurrección del alma argentina", y en el *Libro de Varios Tratados y Noticias*: "me esperanzo en este llamado para acudir al renacimiento de nuestra cultura".

Como si hubiéramos partido nuestra alma, y hubiésemos quebrado la unidad cultural preexistente, esencial para el fortalecimiento de nuestra identidad de argentinos; como si fuese necesario, imperioso —y así lo creo yo— iniciar lo que llamé al comienzo, una *misión de rescate*.

Y si, como afirma Malraux, "la cultura es una vasta resurrección", ¡manos a la obra! Todo debe entrar en revisión para ganar el tiempo perdido. Partir de la reconquista de más de dos siglos y medio, y a partir del primer poeta argentino, ese "botón de pluma" de nuestra identidad cultural, no es tarea deleznable. Sobre todo porque es posible partir del reconocimiento del tiempo histórico en que fuimos bautizados *argentinos*, y el redescubrimiento de un poeta de valía, ese que pudo escribir, entre otras cosas, una pequeña joya literaria, la primera poesía religiosa de nuestra historia literaria, "Soliloquios al Niño Dios, en el Día de Navidad, en su Pesebre", de la que quiero recordar unos pocos versos:

*"Belén, portal dichoso,
casa de pan que ciñes
aquel cándido trigo
nacido en tierra virgen,
deja que tus umbrales
no palacios sublimes,
no edificios soberbios
de Babilonia envidie.
Deja que tu pesebre
cellos mis labios frissen,
fuentes mis ojos rieguen,
ojos el alma miren.*

*quien es de tierra y cielo
con passador Euclides
a una cuna de pajas
se proporciona y mide.
El calor se le niega,
la nieve lo corrige
y a quien da nieve y lana
no hay hoy pañal que abrigue.*

*Oh como está la madre
agradeciendo humilde
el abrigo a las bestias
que el hombre le prohíbe,*

*Entre pucheros tiernos
ya llora, ya se ríe
el Niño con la madre*

y ella llorando dice:
 si tu desnudez lloras
 dime por qué saliste
 dejando mis entrañas
 que eran pañales firmes;
 mas ya me estás diciendo
 mientras lloras y ríes
 "Salgo a buscar ingratos
 pues por ingratos vine".

Este villancico, de alta excelencia lírica y tan profundo sentimiento cristiano, fue escrito por Luis Joseph de Tejeda y Guzmán, el primer poeta argentino, que es como decir, para usar una expresión grata a Octavio Paz, el primer *revelador y nombrador* de nuestra condición argentina.

TRES SONETOS

de

LUIS JOSE DE TEJEDA Y GUZMÁN

reproducidos de la edición facsimilar de *Libro de Varios Tratados y Noticias* que publicó Jorge M. Furt en 1945, con inclusión de sus anotaciones al "Soneto de Santa Rosa de Lima"

Soneto a Santa Rosa de Lima

Soneto

*Nace en provincia verde, y espinosa,
 tierno cogollo, apenas engendrado
 entre las Rossas, (sol es ya del Prado)
 crepusculo de olor, Rajo de Rossa.
 De los llantos del Alba, apenas goza
 quando es del dueño singular cuydado
 temiendo se le tronche, o Rudo arado
 o se le aje, mano Artificiossa=
 Mas ya q^e del cayrel desapriçiona
 la virgen oja previniendo engaños.
 La corta y pone en su Guirnalda, o, zona
 Assi esta virgen tierna en verdes años
 corto su Autor, y puso en su corona;
 O, Bien anticipados desengaños;*

Soneto

Nace en provincia verde, y espinosa,
 tierno cogollo, apenas engendrado
 entre las Rossas, (sol es ya del Prado)
 crepusculo de olor, Rajo de Rossa.
 De los llantos del Alba, apenas goza,
 quando es del dueño singular cuydado
 temiendo se le tronche, o Rudo arado
 o se le aje, mano Artificiossa=
 mas ya q^e del cayrel desapriçiona
 la virgen oja previniendo engaños.
 la corta y pone en su Guirnalda, o, zona.
 Assi esta virgen tierna en verdes años
 corto su Autor, y puso en su corona;
 O, Bien anticipados desengaños;

Anotaciones de Jorge M. Furt

De un acta capitular de Córdoba, publicada en el Apéndice de las *Coronas Líricas* (323), se sabe que Córdoba festejó en 1670 y en mayo la beatificación de Santa Rosa 'A fox 474 de este libro [11] en 23 de maio de 1670... juró el cavdo por Patrona de estos reinos a Sta Rosa de Sta Mia...' dice (9r.) el *Inventario general* del Archivo de Córdoba, levantado por los capitulares en 1762, que se conserva manuscrito en el Instituto de Estudios Americanistas de la Universidad de Córdoba. La bula sobre tal motivo fué de 1688; en 1669 se declaró el día de su fiesta. En 1670, en cambio, noviembre 19, se dirigía real cédula al Obispo de Buenos Aires participando su canonización (*Biblioteca Nacional, Catálogo cronológico de Reales Cédulas*, Buenos Aires, 1938, 100, n° 1177).

Tres sonetos escribió Tejeda (263r., 268v.). Estos dos últimos con los esquemas regulares en los tercetos o con escasa variante sobre los tipos clásicos: CDE, CDE en uno y CDE, EDC en otro. Los cuartetos, de acuerdo al tipo fijado por Boscán de la métrica de Petrarca: ABBA. ABBA. En este sobre Santa Rosa solamente, mantuvo en todo él las mismas consonancias: ABA, BAB en sus tercetos.

En resumen de acuerdo a las definiciones de Rengifo (*Art. Poet.* 52 y 54) escribió sonetos terciados y continuos: aquéllos eran 'cuyos pies van terciando en las consonancias sin que se pareen y correspondan dos versos juntos y sin que hagan cruz como en el soneto simple. Destos haze algunos el Petrarca'. Y en cuanto a éstos, 'solo se diferencia del simple o terciado en que tiene los consonantes en las bueltas del mismo genero que los de los pies y por esso se llama continuo, porque los continúa con los pies'.

'bien que caduca luz fué sol del prado', escribió Francisco López de Zárate en su soneto a La Rosa. Esta composición, que parece haber sido conocida por Tejeda, de López de Zárate (1580-1658), fué reproducida como de Lope de Vega (*Obr. no dramáticas*, BAE, XXXVIII, 595). La verdad es que Lope citó el soneto en su Introducción a las justas poéticas de San Isidro cuando su beatificación (*Obr. sueltas*, BAE, XXXVIII, 144), como Gracián también lo incluyó en su *Agudeza*. Fué publicado en las *Obras varias* de Zárate, Alcalá 1651 y en la *Floresta de Varia poesía* en BAE, XLII, 504. No he podido encontrar sus *Poesías Varias*, Madrid, 1619 y leerlas para inferir la vinculación de su obra con la de Tejeda. 'Rosa del arado, estrella nacarada...', escribió Agustín de Salazar y Torres: *A una Rosa*, en *ESPINOSA: Flores*, 67, Barcelona, 1756. BAE, XLII, 220.

Soneto

Del corazon desta tu indigna esclaua
la sangre fue la carne, a qⁿ te uniste,
y un valor infinito assi le diste
q^e fue el remedio de la culpa braba